















Su año de publicación es 1937 y su precio, una peseta. Como podemos observar, los temas que preocupaban hace setenta años son los mismos que hoy en día. Sí, sí, ya entonces intentaban imitar la virginidad, igual que ahora se han vuelto a poner de moda las himenoplastias (reconstrucción de himen por cirugía). Para las reticentes al quirófano, también hay soluciones tal y como aparece en el diario *El País* del 18 de octubre de 2009. «Falso himen para musulmanas. Polémica por la venta de un kit que simula la virginidad». Se trata de un invento japonés, se llama Gigimo, cuesta 20 euros, se compra en Internet, se introduce en la vagina y simula un sangrado en la penetración, y así se mancha la sábana. Claro, las autoridades religiosas de algunos países han salido al paso inmediatamente prohibiendo su importación». La educación sexual formal es un viejo invento, otra cosa es lo que somos capaces de aprender y aprehender, y lo que nos quieran contar. Hacemos un pequeño repaso por los distintos modelos de educación sexual que nos han hecho soportar... y nos metemos de cabeza en el apasionante y entretenido mundo de la desmitificación comparada.

EL MODELO MORALISTA: ESO NO SE HACE, ESO NO SE DICE, ESO NO SE TOCA...

Es un modelo que busca que las personas interioricen una serie de normas y valores ajustados a la *doctrina* que en un territorio y un tiempo sean los dominantes. Las personas maleducadas sufrirán la culpa en la tierra y el fuego en la larga eternidad. Siempre nos quedará el arrepentimiento, eso sí. Como todo el mundo sabe, las reglas son: castidad y abstinencia hasta el matrimonio (de todo,

los tocamientos tampoco se permiten), sexo sólo para superpoblar la tierra. Y bueno... podemos consolarnos evocando el amor.

EL MODELO BIOMÉDICO: ¡ESO NO SE HACE... PUPA!

Los pecadores se convierten en enfermos. Incide sobre los riesgos y le cuesta trascender la genitalidad: «Cuidado, nos atacan las enfermedades malditas (venéreas)» es su alarma más habitual. La asepsia para evitar infecciones sustituye a la castidad.

EL MODELO PROGRE POLÍTICAMENTE CORRECTO: BUEN ROLLO, A GOZAR QUE SON DOS DÍAS Y DÉJATE DE TONTERÍAS

Caemos bajo el yugo de la orgasmolatría. El orgasmo se convierte en la meta, no en un efecto colateral del placer. Ya no es una opción, es una obligación. Y el que no tenga múltiples orgasmos va a tener que buscar ayuda... porque algo le pasa.

EL MODELO HIPERMERCADO: A LLENAR EL CARRO... AUNQUE NO LO NECESITES

Consumamos sexo, cuanto más mejor. ¿Gozar? ¿Amar? Qué más da, lo importante es conseguir sexo y lo primordial es poder mostrar a los demás las gangas (2×1) y, si encuentra algo mejor, cómprelo. Es sexo envasado al vacío y con el registro de sanidad pertinente. Ojo que

caduca, por lo que hay que consumirlo cuanto antes. Es la fast food sexual. ¿Por qué no lo cambiamos por el slow sex para disfrutarlo lentamente?

EL MODELO SEXOLÓGICO: ¿ENTONCES...? LA VIDA ES UNA ENFERMEDAD SEXUAL, SE CORREN RIESGOS Y ACABA IRREMEDIABLEMENTE CON LA MUERTE

Tengamos un poco de todo: afectos, coitos, dedos, dildos, opciones diversas, placer... La educación sexual y las normas y valores que interiorizamos han de servirnos para crecer, no para reprimirnos. Dado que no podemos vivir en una urna de cristal, asumir la existencia del riesgo, conocer y tomar las decisiones personales y adecuadas es una necesidad que no admite dogmas.

Ambos autores, como experto en sexología y como periodista, apostamos por ese modelo, pero sobre todo, como consideramos que la sexualidad también tiene que ser una fuente de gozo y disfrute, hemos querido hacer un libro que también lo sea. Para que lo que se pueda aprender sea de la forma más divertida y amena posible tanto para adolescentes como para solteros, parejas con o sin hijos, ancianos que siguen experimentando... Y en definitiva para todo aquel que tenga curiosidad y ganas de mejorar sus relaciones sentimentales y sexuales utilizando básicamente su propio criterio fundamentado en argumentos sólidos y contrastados.

# I

## De niños a abuelos, según sus propios actos y palabras

LOS NIÑOS NO SON ÁNGELES... NI DEMONIOS

Los ángeles no tienen sexo, entre otras razones porque no necesitan reproducirse y la religión nos ha querido convencer de que el sexo existe por y para la reproducción. Pero la evidencia científica revela que todo ser humano es un ser sexuado, desde que somos fetos hasta el último suspiro. Al no admitir la sexualidad infantil, los padres se llevan sustos que no aciertan a comprender ni mucho menos a resolver.

### *El elefante de la alegría*

Valga como ejemplo el caso de una madre angustiada que acude a un consultorio sexológico a las nueve de la noche y pide a la secretaria que el sexólogo la atienda de urgencia. Una demanda infrecuente en sexología, pues para un problema sexual urgente se debe ir a urgencias, por ejemplo, por prácticas sexuales de riesgo que acaban dañando a alguien, por hacerte heridas indeseadas con la cremallera del pantalón... Los demás casos no se consideran problemas sino necesidades, y no son resolubles

a corto plazo. Pues bien, la mujer requería que la atendieran a toda costa y, dado el estado de ansiedad que presentaba, el sexólogo tuvo que hacerlo. Estaba muy preocupada por su hija de unos 6 añitos y quería que fuera a su casa, pese a ser impensable una visita domiciliaria para realizar terapia sexual. Tanto rogó que el experto tuvo que ir a conocer el motivo de su angustia. Le hizo pasar junto a su compañera en silencio hacia la habitación y allí estaba la niña, encima de un elefante de peluche, con una sudoración increíble, jadeando... se lo estaba pasando de muerte con el elefante. El experto le pidió que no la interrumpiera.

—¿Le nota algún comportamiento extraño?

—No, si es muy cariñosa, todo bien... pero ¿qué hacemos?

—Nada, por lo que más quiera. El único problema que tiene su hija es que se le va a pasar y desgraciadamente dejará de hacerlo.

—Pero ¿no es malo?

—Qué va, todo lo contrario.

La niña a las nueve y media de la noche recibía órdenes de irse a la cama y se iba puntual como un clavo, casi pedía la cena antes para irse a dormir pronto.

*¡En público no, mujer!*

Es una conducta típica de la infancia con la que disfrutan un montón... Sólo que a veces puede resultar embarazoso. Léase otro caso en que la niña se masturbaba, pero con el apoyabrazos del sofá y en público. Y se corría el grand prix aunque hubiera visitas. El papá, ya asesorado, admitía que la sexualidad infantil fuera normal, pero que tener que encerrarse en la cocina hasta que la cría terminara resultaba muy arduo para un padre.

En esos supuestos sí que hay que hacer algo, porque el niño tiene que aprender que ese tipo de comportamientos ha de reservarlos para el ámbito privado. La solución es darle sustitutivos, algún cojín más o menos rígido y ponérselo en la cama para que éste vea si resulta de su agrado. Y antes de que empiece su ritual conviene llevarlo a la habitación y darle tiempo a que le coja el tranquilo, para que cuando le apetezca se vaya para allá a hacer sus cositas.

*No hay motivo para preocuparse*

Hacia los 6 o 7 años este tipo de conductas se extinguen, lo mejor es que se apaguen por sí solas y no tratar de reprimirlas con estrategias agresivas de castigo que no van a llevar a ningún sitio y puede coartar mucho y generar algún «trauma» cuando sean adultos.

*El asco como modulador del deseo*

Y es que no sólo aprendemos lo que nos gusta, también aprendemos lo que nos disgusta, lo que es rechazable, reprobable y repugnante, es decir, lo que nos *da asco*. No se trata de fobias adquiridas y consecuentes de alguna experiencia o conducta, sino de una sensación de rechazo hacia prácticas que ni siquiera hemos probado. Porque lo aprendemos desde los primeros años de nuestra vida. Nos inculcan lo que nos está permitido y lo que no, lo que es desagradable y lo que está comúnmente aceptado.

«Niño, caca, qué asco, qué guarro, eso no se hace». Son expresiones comunes por las que los niños aprenden que su cuerpo es algo sucio que hay que controlar. De forma tediosa y sistemática se nos va metiendo en el cerebro que la mayoría de los fluidos que emanan de nues-







la familia se podía permitir para Carmen. En alguna ocasión Javier pretendió jugar con las muñecas de Carmen, pero siempre había alguien que le recordaba que eso no era para los niños. En la misma circunstancia se encontró Carmen cuando intentó utilizar los juguetes de Javier.

En el colegio Javier y Carmen iban a la misma clase. Aunque en los primeros cursos jugaban por separado, Javier siempre se encargaba de *proteger* a su hermana de posibles agresiones de otros niños, aunque más de una vez se llevó un par de golpes de una compañera a quien no intimidaba su sexo. Javier jugaba con sus amigos en el patio del colegio al fútbol, a pegarse, a correr, etcétera. Carmen y sus amigas solían reunirse en un rincón del mismo patio para vestir y desvestir a sus muñecas, entrenándose en el papel de cuidadoras que socialmente les había sido asignado. Alguna vez quiso Carmen jugar al fútbol con su hermano, pero no fue posible: las burlas de los compañeros lo impidieron. Además, corría el riesgo innecesario de convertirse en un marimacho. A Javier nunca se le ocurrió pedir a su hermana que le dejara jugar con las muñecas en el patio, cualquiera arriesgaba la reputación de machote. «Quita, quita, que a la mínima de cambio te cuelgan la etiqueta de maricón y luego a ver cómo te la quitas», pensaba.

Según fueron creciendo construyeron sus mundos de relación en planos distintos. Al llegarle la menarquia (regla), Carmen fue aleccionada de los riesgos de «andar con chicos». Siempre había algún familiar que hacía referencia a lo «desarrollada» (crecimiento de sus senos) que estaba Carmen. El incipiente bigote de Javier tampoco quedaba al margen de los comentarios: «ya estaba hecho un hombrecito».











*«Para tener sexo tengo que estar enamorada. No lo voy a hacer simplemente... El sexo sin amor no pega demasiado».*

Esta quinceañera se expresa de la misma manera que las actuales treintañeras y que nuestras madres hace más de cuarenta años. Las mujeres seguimos justificando el sexo por la existencia del amor, que siempre ha sido un maquillaje perfecto para acostarse con los chicos sin que nos tachen de frescas. Podemos salir con el chico un par de semanas o de meses, pero, como había sentimientos, ante las amigas (y la propia conciencia) ya queda justificado que entreguemos nuestra preciada intimidad.

#### *La idealización del primer novio*

Una chica relata que en un viaje conoció a un chico y se enamoró «muchísimo de él». «Lo hice con él, no sé, pasó y punto... pero le quería, estaba nerviosa y no sentí nada, no me dolió, o sea, estaba como en una nube». Normalmente, la primera vez no suele ser nada especial, pero, si lo haces con alguien a quien supuestamente quieres, le confieres tal aura mágica que permanece idealizado para toda la vida. Por el contrario, estrenarte con uno que no te importa queda feo, algunas incluso se lo ocultan a las compañeras para evitarse críticas e incomprensiones. Y cuando se enamoran de alguno que las corresponde anuncian que ha sido por fin su desfloración con él.

#### *¡¡La primera noche, no!!*

En la misma línea una coetánea asevera: «Yo puedo hablar con un montón de chicos si me apetece, pero nunca hago nada más. Necesito sentirme querida, solamente me he acostado con gente con quien haya tenido algo,

que haya conocido antes, ¿sabes?». Conocerlo significa probablemente haber hablado unas cuantas veces con él, haberlo visto por el barrio... O sea, no es un desconocido que intenta ligar contigo una tarde en un bar y caes en la tentación a los cinco minutos, no, puesto que no eres una chica fácil. Tienes que quedar un par de veces y tratarlo un tiempo mínimo para creerte que no es sólo un instante de regocijo, como si eso fuera un pecado. Cada una se engaña como puede, pero al final todas recurrimos a los mismos argumentos justificativos.

«Yo no lo veo así como un momento de placer y ya está, lo veo como una obra de amor, pero luego...».

... la realidad se impone y resulta que por el mero hecho de charlar con alguien no significa que vaya a darte amor, ni aunque te lo haya prometido, y mucho menos en un momento de calentón. Los chicos, algunas chicas también, aprenden rápido que ésta es la única forma de obtener rédito coital. Eso sólo se les pasa, y no a todos, cuando maduran, porque también se van encontrando con mujeres que ya no se dejan engañar. O que ya no necesitan la justificación del enamoramiento para disfrutar del *aquí te pillo, aquí te mato*.

### *De la decepción se aprende*

Y es que después de confiar en unas cuantas ocasiones en que con esa persona con la que estás intimando sí que va a funcionar, y llevarte el chasco a la mañana siguiente de que «tú has estado haciendo el amor, pero él sólo ha estado fornicando contigo», como lamenta una chavala, una comprende que no puede ser tan ingenua y que el romanticismo infantil le hace más daño que favores porque cae una y otra vez en la trampa del amor que todo lo relativiza.

*Amar duele, como canta Falette*

«Tú te lo tomas como algo de película y luego te das cuenta de que, para él, has sido una más». Corrobora lo anterior y lo remata esta otra frase: «El sexo es importante porque conlleva muchos peligros... Y no ya en lo físico, en enfermedades y así, sino también en que tú puedes salir perjudicada en los sentimientos». En definitiva, lo que les importa a estas adolescentes no son tanto las enfermedades de transmisión sexual —para eso están los remedios médicos— o el embarazo, para lo cual recurrirían a la anticoncepción de emergencia, sino que les hagan daño. En el corazoncito. Luego nos ocuparemos de él.

LA VIRGINIDAD COMO VALOR AÚN VIGENTE

«Cuando perdí la virginidad con el chico este tenía mucho miedo a perderla y que luego me soltara y se fuera con otra, pero no fue así. Lo hicimos, y bien...».

Esta cita es de una adolescente contemporánea. Y desde luego deja en evidencia que la virginidad de la mujer continúa desempeñando un papel de suma importancia para ellas, sobre todo en la imagen que tienen de sí mismas y cómo se cuentan las relaciones. Ante todo deben mostrarse como chicas decentes, que no entregan su preciado himen al primer postor: «Sí, claro, yo le hice esperar, y quisiera o no, él esperó, yo tenía en la cabeza que la primera persona con la que estuviera tenía que quererme, quererle y ser un poco sinceros».

«Es que la mayoría de las veces lo hacían con chicas que se dejaban hacer de todo y éstas como que son las que más se exponen a que las llamen por las cuatro letras...».

No cuesta demasiado imaginar cuáles. No caigamos en la superficialidad de creer que eso de mantenerse virgen hasta que llegue el príncipe azul está demodé. Vale que ni ellos ni ellas pretenden esperar hasta el matrimonio, pero las propias chicas se juzgan entre ellas con extrema dureza, incluso justifican el abuso y el insulto masculino por el hecho de prestarse a demasiados escarceos sexuales. A los mismos que ellos, ni más ni menos.

«Es que las chicas son muy putas. Y para mí, a lo mejor virgen, virgen, no, pero que esté poco usada».

Por su lado, los chicos prefieren una de primera mano y, si ya es de segunda, una poco rodada, porque el hecho de haber pasado por las manos de todos sus conocidos les resta todo el valor. Como si fuéramos coches, igual. Habría que recapacitar sobre por qué ellos no le confieren esa trascendencia romántica a la primera vez, sino que más bien se lo plantean como algo que hay que quitarse de encima.

*Pero ¿y si él no se lo merecía?...*

Les supone tal cuestión de hombría que se resuelve a veces con un rito iniciático tan «controvertido» como estrenarse con una prostituta. De hecho, a algunos los llevan sus propios padres a *convertirse en hombres*. El día que las chicas rechacen a un chico por ser de segunda mano y lo critiquen por eso o por su promiscuidad podremos hablar de revolución sexual.

*Pero ¿y si él no se lo merecía?...*

«Pienso que toda la gente, la primera vez, siempre, casi siempre, lo hace por amor. Y te lo pintan tan bonito, como que lo hacen con la persona que quieren y eso... Yo perdí la virginidad con un chico que conocía de hace

tiempo, pero cuando me empecé a liar con él y a la semana lo hicimos, me di cuenta de que hice mal porque no sé, igual es que yo me hice ilusiones demasiado pronto... o que el chico tampoco es que fuera muy buen muchacho, por así decirlo».

*«Que no es para tanto como dice la gente»*

No son pocas las chicas que se arrepienten por haber pasado años reservándose y acabar haciéndolo con uno que no se lo merecía, porque en cuanto consiguió lo que quería desapareció, porque no fue delicado, porque la relación no continuó, porque se lo contó a sus amigos o simplemente porque fue un fiasco y no disfrutaron nada. A muchas ni siquiera les duele, pero no sienten nada especial, con lo cual sus expectativas quedan bastante frustradas. Lo absurdo es que, si se desmitificara esa desfloración, no esperarían tanto de ella, y la vivirían con mucha más naturalidad. ¡Que en realidad no pasa nada!

*Un trozo de carne menos y punto*

Fisiológicamente, el hecho de perder la virginidad no es tan importante. Lo que ocurre es que la entrada de la vagina está protegida con el himen, que es una capa de piel de mayor o menor grosor. El grosor es relevante porque de ello depende que se rompa con más o menos facilidad, véase montando en bici, saltando al potro en el colegio, masturbándose una misma, o quebrándolo con un aparato ginecológico porque la telita se resiste a la envergadura del pene, como pasa a veces, para bochorno del uno y de la otra. También de su grosor depende que duela o se sangre mucho o poco al romperse.